

ESTÉTICA: EDUCACIÓN DE LOS SENTIDOS Y SENTIDO DE LA EDUCACIÓN

*Fidel Sepúlveda Ll.
Profesor Instituto de Estética,
Pontificia Universidad Católica de Chile.*

En este artículo se nos dice que los sentidos son puertas por las cuales el mundo entorno entra al universo humano y por las cuales éste sale a aquél. El espíritu encarnado, que es el hombre, se desarrolla en el diálogo con la revelación de sentido que ininterrumpidamente está entregando al mundo.

This article suggests that senses are doors through which the surrounding world has access to man's universe, and through which the latter comes out to that world. The embodied spirit, in other words, the man himself, evolves in the dialog with a revelation of meaning that the worlds is continuously providing.

Frente a la globalización que adviene, es necesario reflexionar acerca del tipo de educación que hemos tenido y de los cambios que debería haber para enfrentar el tercer milenio.

Pensamos que debe ser una educación que estimule el sentido crítico de modo que las nuevas generaciones salgan a la vida con su dotación genética entrenada para discernir lo valioso, lo auténtico, lo creador.

Habrà (ya está habiendo) una oferta de bienes en tal cantidad que no será fácil discernir su calidad. Será una oferta operando con tal premura en la exigencia de respuesta que no será fácil sustraerse al vértigo consumista.

Será necesaria una escuela que habitúe a la experiencia del tiempo reflexivo, distendido, donde se disfrute y valore el don de la contemplación de lo visible en lo invisible, la audiencia de las voces del silencio, la escritura del proyecto de ser de los cromosomas.

Una escuela que eduque para la aprehensión y goce del tiempo lento y hondo en el que germinan las ideas, los valores, las conversiones radicales. En este sentido hay que educar para no rehuir y satanizar el ocio, sino para propiciarlo, para hacerlo sentir absolutamente necesario. El ocio es la instancia donde el ser reconoce sus fronteras y sus horizontes. Por sus fronteras cubica su precariedad. Por sus horizontes pondera su infinitud. Esto no se hace entre el tráfigo y el vértigo. Se hace cuando las aguas están calmas, han hecho claridad en su caudal y la transparencia revela su profundidad y potencia.

En el ocio y en el silencio, acontece la sintonía del todo y de cada una de las partes. Ocurre el encuentro sinfónico de los estratos pluridimensionales del ser.

Se podría pensar que la educación debiera ser todo lo contrario. Una educación en el tráfigo y en el vértigo para familiarizar al educando en esto que serán los medios habituales para su desempeño futuro.

Pensamos que no se educa el oído en la estridencia. Ahí se angosta y mata el oído. La estridencia genera sordos. El silencio desarrolla el oído desde la escala de lo audible hasta la de lo inaudible con el oído físico, pero audible con el oído con el que se escucha el sonido del espíritu.

De igual forma se debe educar el sentido de la vista, de modo que capture no sólo lo visible sino lo invisible: el *color del mundo* de los cuerpos materiales y de las realidades inmateriales: lo visible de lo invisible.

En el negocio del ocio se educa, además, el gusto para tomarle el sabor a los materiales nutricios. Estos materiales han necesitado de tiempo largo para configurar su ser en su *sustancia*, en la ecuación de los componentes que les han dado su peculiaridad. Resultado de este diálogo acorde con su naturaleza y afinador de ésta, es su estructura interna y exterior. Los cuatro elementos (tierra, agua, aire, fuego) han contribuido a la generación de la infinita flora y fauna del planeta en el tiempo largo de millones de años. El hombre debe ponerse en un tiempo de acogida de esta infinita variedad para lograr la revelación de sus mejores atributos en el arte de la cocina y luego para la revelación y apreciación gozosa, en la ceremonia ritual de la comida.

Dime lo que comes y te diré quién eres. Quien come sin asco *comida chatarra* se incorpora al área de la chatarra. La comida chatarra lo incorpora al mundo de lo desechable. Hay que educar para que, desde niño, el hombre se tenga respeto y no incorpore a su ser materias que aparentan pero que no son *alimentos* para el hombre integral. La *comida chatarra* produce una gordura que es obesidad deformante, regresiva. La comida auténtica produce la revelación de la fuerza y armonía original de la persona. La comida chatarra, como las drogas, produce adicción. La comida auténtica produce adhesión voluntaria. La comida chatarra es inducida desde afuera por la publicidad. La comida auténtica emerge desde adentro de una cultura, es su modo de connubio con la tierra. La comida chatarra te la inyecta el mercado. La comida de la tradición nutre por el cordón umbilical de la madre tierra que te dio a luz.

Cuando se dice que hay que educar el gusto se debe entender en el gran sentido de cultivo de la aptitud para saborear la maravilla de la vida discerniendo cuáles son los ingredientes con los que se internaliza el arte de vivir; cómo se orienta el metabolismo material, psíquico y espiritual para que el diálogo nutricio con los otros y con el otro oriente el sentido a un orden más matizado, más armónico.

En esta línea es igualmente necesario educar el olfato. Por él, yo acojo y decodifico el ser de las cosas que me rodean. El olfato me certifica de las cosas del

mundo, revelándome el mundo de cada cosa. La esencia de cada cosa sale a encontrarse con el mundo y cumple su misión cuando precisamente es reconocida y acogida en su peculiaridad. Pero igual que en los anteriores sentidos, en este del olfato hay niveles que requieren ser atendidos especialmente por la educación. Hay el aroma fino que arriesga quedar en el aire sin jamás ser apreciado por nadie, cuando una educación sin cultura olfativa no prepara para su goce y valoración. Pero hay otro tipo de olor con signo positivo o negativo, que es de naturaleza supra sensible y que importa tener presente a la hora de educar. Es que todas las cosas emanan, participan la *esencia* de su ser, y estar presente en el mundo involucra este enterarse de las presencias que nos rodean y de sus coeficientes positivos y negativos. En esta área es donde se habla de tener olfato. Quien tiene olfato percibe cuando “algo huele mal en Dinamarca”. Huele la decencia, la coherencia, la honestidad o la desvergüenza, la hipocresía, el crimen, aunque estén ocultos o recatados bajo muy disímiles apariencias.

Igualmente es necesario educar el tacto. Hay personas y culturas que cultivan el tacto y eso se nota desde cómo andan, hablan, gesticulan hasta cómo organizan su sociabilidad en el presente, cómo la planifican al futuro, cómo historian su pasado.

El tacto posibilita la lectura de la piel del hombre y del mundo y en la piel, la lectura de su universo. También del trasmundo. La finura de trato opera en relación con los otros *yoes* de mi interior, con los yoes de los otros, con el ser entrañado en el mundo, con el ser presente más allá del espacio y del tiempo.

La educación del tacto implica la matización o regulación de la operación de acupuntura que es conocer. Tal operación implica saber que nunca se sabe cuáles son los alcances o repercusiones de un gesto, una caricia o un golpe en las personas, en las cosas, en el universo material y espiritual.

El arte de vivir se concentra en buena medida en el tacto con que toco, con que contacto para la vida o para la muerte a lo que me rodea. La educación del tacto implica la interiorización de un sistema que apenas sé donde comienza pero que de ninguna manera sé dónde termina. Saber esto significaría dominar la ciencia de la acupuntura material y espiritual. Pero este es un territorio desconocido hoy, para nosotros.

Sin embargo, precisamente porque vivimos en un mundo cada vez más estrecho, donde la inminencia y frecuencia del roce y del choque se ve inevitable, es más necesaria que nunca esta educación del tacto. Tacto para tratarme, para tratar al otro, para tratar a lo otro. Estamos en el mundo, pero más que eso somos parte del mundo, el mundo es parte de nosotros. Es parte de mí el agua, el aire, el fuego, la tierra. Mi tacto está comprometido con el hombre nunca lejano, siempre prójimo-próximo. Pero también con el animal, con la planta, con la piedra.

En este sentido, la educación de los sentidos es fase esencial para la orientación del sentido en lo que concierne al arte de vivir. En este contexto la búsqueda del

paraíso es una gestión recurrida por la especie humana porque en ella, ésta intuye que el universo se relaciona con infinito respeto y amor, o sea, con afinadísimo tacto. El respeto impone la justa distancia. El amor impone la plenificadora cercanía. Ambos posibilitan la presencia de cada una de las cosas y seres en una ecuación prodigiosa de autonomía y dependencia.

Hay que educar para el tacto teniendo como meta la verdad. El respeto y amor a la verdad nos van a definir el tipo de tacto con que asumir la vida. Para esto es necesario educar la visión para que vea lo que es necesario ver. Lo vea con claridad, con perspectiva, con tiempo, en el tiempo. Educar para afrontar o para eludir aquello que se ve.

Es necesario educar el oído para que escuche lo que es preciso escuchar. Para oír la voz del ser. Esto implica disponibilidad para auscultar, para poner el oído y revelar la trascendencia del acontecer, más allá de los encubrimientos y distorsiones de las apariencias. La educación del oído nos permitirá escuchar los quiebres o ajustes operantes a nivel del subsuelo o atender, poniendo oído, a la música de las esferas. La verdadera educación del oído prepara para escuchar el mensaje del misterio.

Es necesario educar el gusto para encontrarse con el sabor del mundo, para discernir los ingredientes interactuantes en la armonía con que el universo avanza a su madurez. El buen gusto es el placer derivado de este encuentro, en la armonía, del cuerpo y el espíritu del hombre y del mundo.

Es necesario educar el olfato para intuir cuándo el ser va en buen o mal sentido. El *buen olfato* es el resultado de una educación donde lo inmediato sólo se configura a partir de lo mediato, o mejor dicho, de lo originario. El olfato detecta el origen o la causa real de un olor, aroma, esencia. Por esto es un sentido que está más allá del espacio y tiempo presente y nos instala en el pasado por lejano que sea. Mejor dicho, trae el lejano pasado al aquí y al ahora. A su vez, expande el aquí y ahora a los más distantes confines, ahí donde estaba confinado el recuerdo, entre infinito y eternidad.

Educar el tacto es educar para que el hombre pueda cumplir con su ser y su deber ser, concordando la verdad con el respeto y el amor. El tacto es el nombre estético de la prudencia. Es el que posibilita la actualización de los diversos tipos de presencia que hacen viable la armonía.

La educación de los sentidos afinará, entonces, la capacidad crítica que permita orientarse al futuro ciudadano en un mundo más estrecho, más acelerado, menos claro.

La educación de los sentidos acrecerá el discernimiento de las falsificaciones, o sea, liberará del mundo de las apariencias. Los sentidos están organizados para decodificar las apariencias. Es más, tienen la capacidad para no quedarse en ellas, sino para relacionarlas, contextualizarlas y, de acuerdo a ello, descifrar circuitos de sentido.

Hoy que la TV trabaja con sinédoques falsas que en la parte no revelan el todo sino que pretenden que la parte es el todo y enhebrando diversas partes pretende hacer creer que entrega la *realidad total*, es más necesario que nunca que haya un diálogo con la *realidad real* entre los sentidos y el mundo.

Por esto la educación debe ser de cara a la naturaleza entorno. La naturaleza opera con fidelidad al ser. No traiciona su identidad. Esta es una entidad dinámica, en perpetuo camino a ser más a cabalidad.

En ella los ojos encuentran los materiales originarios para aprender a ver el color, el diseño, la línea, el ritmo de avance del ser al encuentro con su forma. La naturaleza es modélica en cuanto a patentizar la persecución de un ideal infinito frente al cual todo lo hecho es apenas un principio.

Este movimiento irreductible para ser con *signo más* se debiera exponer a los niños y a los jóvenes. Mejor dicho, ellos deben ser expuestos a este acontecer. La educación, en este aspecto, debe ser un proceso de incrementación de la vulnerabilidad humana a estos asedios. El cultivo de la permeabilidad por la vía de la experiencia directa con el comportamiento de la vida, le dará al joven la medida y el referente para conocer lo que es emergencia de lo profundo del ser.

Igualmente, la exposición a la infinitud de ruidos y sonidos del bosque, del desierto, de la cordillera, del mar y el alumbrar ciertas claves para internarse en la audición de los mensajes sonoros, es una experiencia insustituible para no dejarse embaucar con falsas voces y sí para reconocer las voces del ser. El abanico de sentimientos y sentidos que irradia un amanecer, un atardecer, un mediodía, una alta noche son una prueba calificadora para calibrar críticamente el grado de compromiso con el ser de una voz de la naturaleza o del hombre.

Importante es no angostar el gusto, no reblandecerlo con sabores *al estilo de*, sino alimentar su vocación de beber y nutrirse umbilicalmente de los sabores de la madre natura. Lo mismo vale para los olores; ¿Qué decisivo es para un niño poder olorosar un campo o un bosque después de la lluvia o un mar abierto después de una tempestad! Todos los sabores y olores maquillados son descubiertos en su camuflaje cuando se tiene el contacto piel a piel con el cosmos. El gusto de plástico, el olor de plástico, el color y la textura de plástico no pueden seducir a alguien que ha tenido la marca de fuego y de gloria donada por la naturaleza.

Esta marca la preserva de las adulteraciones, de las prostituciones, del parecer sustituyendo al ser. Una vez más los sentidos criados o educados por la leche materna de la naturaleza nos darán el vigor crítico para distinguir y preferir lo auténtico, lo originario, en su materia y en su forma, en su función práctica y en su proyección simbólica.

La educación debiera ocurrir en una escuela rodeada de naturaleza, abierta a la naturaleza; ella saliendo a la natura; la natura entrando por puertas, ventanas, chimeneas. La escuela debiera ser la naturaleza. La escuela y la maestra. La naturaleza del hombre, del mundo, del transmundo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bachelard, Gastón. *El agua y los sueños*. México: F.C.E, 1978.

_____. *El aire y los sueños*. México: F.C.E., 1978.

Durand, Gilbert. *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*. Madrid: Taurus, 1981.

García, José. *Arte y experiencia*. Granada: Comares, 1995.

Grof, Stanislav. *Sabiduría antigua y ciencia moderna*. Santiago: Cuatro Vientos, 1991.

Jean, Georges. *Los senderos de la imaginación infantil*. México: F.C. E., 1990.

López, Alfonso. *La experiencia estética y su poder formativo*. Estrella (Navarra): Verbo Divino, 1991.

Merleau-Ponty, M. *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Península, 1975.

Mistral, Gabriela. *Recados contando a Chile*. Santiago: Del Pacífico, 1957.

Popper, Karl. "Contra el abuso en la televisión". *Revista de Pedagogía*, N° 36 (1995).